

LA FUERZA DE LAS PALABRAS

Por César A Pareja G.

Después de una hora y media de viaje, me siento perdido en este vecindario y sus terrazas marroquíes. Desde la ventana puedo divisar el mar de ladrillos y concreto donde vivo. Subiendo y bajando por una montaña rusa de asfalto, a bordo de una buseta destartada y con vallenatos sonando a decibeles insoportables, me voy internando en uno de los cerros de Bogotá. Voy para La Nueva Gloria, uno de los barrios de la montaña, en la localidad de San Cristóbal Sur.

Alguien conocido me habló una vez sobre un personaje que con serias limitaciones económicas construyó una biblioteca pública. La historia no captó del todo mi atención. Ya hemos escuchado cientos de veces historias de superación ejemplificantes, donde personas se han hecho muy ricas sin tener grado de escolaridad alguno y sin heredar fortuna. Se demoró un poco en comentar un detalle, que justificaba contar la historia.

Tras identificar algunos puntos de referencia que José Gutiérrez —el anfitrión— me sugirió para llegar a su casa, decidí bajarme y poner en funcionamiento mi sentido de ubicación. Estuve errando un cuarto de hora hasta tomar la decisión de llamarlo pues, al parecer, no fue suficiente el crearme un hombre de ciudad, con habilidades superdesarrolladas para encontrar direcciones en cualquier sitio. Marqué el número de su teléfono celular y una voz amable de mujer me respondió:

—Aló. ¿Cómo estás? Mira, me enteré de que el padre Chucho entrevistó a... él hizo una...- averiguaba yo, con tono afable.

—Sí, espérame un momento y te doy el número que dejó. ¡No vayas a colgar! —prosiguió ella, como si tuviera más interés que yo. Y me dio el número.

No contestaba y empezaba a impacientarme. Ya estaban tomando vida en mi cabeza los personajes que mi imaginación no se cansa de inventar cada vez que miro el enjambre de luciérnagas posadas en la falda del cerro, al llegar de paseo por la autopista sur en la noche. La idea de ser el forastero del momento alimentaba los pensamientos apocalípticos, que a su vez se aderezaban con los recuerdos de aquellas noticias y muchas veces mitos, donde mandrines salvajes son protagonistas, células guerrilleras o paramilitares custodian manzanas o donde una pandilla tiene como ritual de consagración vaciar la sangre de un cuerpo agonizante para servirla y posteriormente tomarla.

Contestó y la fantasía se esfumó, me tranquilicé y le hablé sobre mi situación:

-¿Don José, cómo le va?

-¿Don César, qué tal?

-Bien don José, ya llegué, encontrémonos...

-Ya salgo a buscarlo. ¿Llegó al salón comunal?

-Sí, ahí estoy. Lo espero...

Decidí encender un cigarrillo y esperar. Aunque ese día no portaba la indumentaria de agasajos, estaba claro que yo no era de ahí; no dejaba de hacer miradas panorámicas. Había un grupo de niños jugando fútbol en una carretera inclinada. Durante el tiempo que fui espectador del feliz partido, los niños que corrían de abajo hacia arriba jamás protestaron por su evidente desventaja. Apareció don José en una esquina. Lo reconocí al instante: había visto una fotografía suya en internet. Boté el cigarrillo portando una última bocanada y lo pisé. Caminé fingiendo soltura y llegué hasta su posición:

-Buenas tardes don César, al fin nos conocemos. ¿Muy difícil llegar? -preguntó sonriendo.

-No señor, para nada -mentía en forma grosera para evitar prejuicios.

-A bueno, entonces... vamos, lo invito a que conozca mi casa- sentenció don José.

La gloria del barrio

Sólo habíamos conversado dos veces antes de vernos: la primera, cuando hablé con él para solicitarle una cita, y la segunda, hacía unos minutos, cuando tuve que pedirle ayuda para encontrarlo. Recorrimos tres cuadras hasta llegar a la casa, donde también funciona la biblioteca pública “La fuerza de las palabras”. Es una casa de dos plantas: en la primera está la biblioteca y en la segunda viven los Gutiérrez. Por decisión unánime decidimos entrar a la biblioteca y luego recorrer el resto de la casa, observando el color blanco de la fachada y la escalera cruzada que conecta a la biblioteca con el hogar (en la parte posterior hay otra escalera). Don José tuvo que darle un ligero tope a la puerta, sincronizado con la barrenación justa de la llave dentro de la cerradura; la puerta había sido pintada el día anterior y en el marco los rezagos de la pintura dificultaban su apertura. Me fui acercando a la puerta y me percaté de un pequeño letrero que estaba debajo de la dirección y decía “La fuerza de las palabras”. Y aunque estaba cubierto por un plástico transparente, las letras se asemejaban a la pestañina corrida de una mujer. Era

una impresión de computador que, según parecía, había sido desteñida por la permeación inevitable de las lluvias. Pasé el umbral y de inmediato percibí el olor a pintura fresca. Don José tradujo mi mueca:

-Acabamos de pintar, ya estamos organizándonos para empezar con toda el proyecto.

-Qué bien- dije mientras evitaba inhalar el penetrante olor.

Estando dentro identifiqué dos corredores y me sorprendieron la cantidad de libros. En el suelo, varias torres emulaban una maqueta de Nueva York hecha con libros; hacia el corredor izquierdo había columnas y columnas de libros soportándose contra la pared, y al fondo se veían un par de cajas con logos de empresas, que venden computadores. Don José no se tardó en despejar mis dudas:

-Ésas cajas son donaciones, son unos computadores que nos regalaron para la fundación.

-Esto va sobre ruedas- dije.

-Ésa biblioteca me la regaló una señora- decía don José, señalando una estructura de anaqueles digna de la casa de un banquero o un escritor.

-¿Y con todos los libros?- pregunté mostrando ingenuidad.

-No, esos los he ido recolectando. Sigamos por allí- sentenció de nuevo.

Desde que entré a la biblioteca había escuchado el frenesí de unos pájaros, que quizás estaban al fondo del otro corredor, y las risas de algunos niños que también estarían ahí. Don José seguía hablando sobre sus planes mientras yo asentía y continuaba sorprendiéndome con todos los libros que veía y los títulos, que eran aún más interesantes. Entre las joyas literarias que José Alberto Gutiérrez ha conseguido, se pueden contar: una colección de ocho tomos sobre la primera y segunda guerra mundial; una colección de cuentos de ciento cincuenta números; enciclopedias completas que hoy en día ya no editan y que sin embargo pueden ser muy costosas en las compraventas de libros (Salvat y Cumbre); y compilados completos de las obras de Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. Es la colección particular y pública más amplia de la localidad de San Cristóbal Sur –la localidad tiene, en promedio, 495.000 habitantes-. No en vano a don José lo llaman de otros barrios para que hable sobre su proyecto.

La algarabía infantil provenía de una mesa pequeña. Cinco niños componían el desordenado debate; con libro en mano cada uno aportaba un grito e incrementaba el volumen conforme al incremento del niño de al lado. Don José me explicó que la biblioteca tenía, entre varias funciones, orientar a los niños con las tareas que les dejaban

en el colegio. Mientras seguía explicándome pude enfocar una imagen curiosa: un niño de siete años, masticando chicle y dedicando de lleno su imaginación a la Odisea de Homero. Su concentración era tal que tuve que preguntarle varias veces el nombre, para conseguir después de un ruego pueril la siguiente respuesta: me llamo “Ferruchito”. Indagué con los demás niños y lo constataron. Tuve que hablar con el mayor para enterarme de que su apellido era Ferrucho y que tenía siete años, que no le gustaba que lo llamaran por el nombre y que se sentía muy bien cuando le decían “Ferruchito”.

Después de hacer una parada en la mesita redonda, hablar con los niños y comprobar su precocidad literaria, seguí hacia el fondo del corredor, zigzagueando entre arrumes de libros y acercándome a la “pajaroteca”, que venía escuchando desde que entré. Cuatro jaulas con sendos pericos eran el motivo del escándalo. Alojadas en jaulas, al fondo de una habitación con tejas traslúcidas, las aves estaban alborotadas por el sonido de la máquina fileteadora, según me explicó después Esmeralda Gómez, la esposa de don José. Desde que tiene la biblioteca, hace diez años, se ha dedicado a la modistería. Antes de que los libros se apoderaran de la planta de abajo de la casa, ahí funcionaba el taller. Esmeralda es la bibliotecóloga y restauradora oficial de “La fuerza de las palabras” y también la modista de La Nueva Gloria. No quise interrumpirla en su trabajo y proseguí con el recorrido. Atravesé un umbral sin puerta a un costado de la pared de las jaulas y salí a un patio de tres por tres metros. Éste hacía de “patio de san Alejo” de los Gutiérrez: balones desinflados, tarros con pintura seca, jaulas corroídas por el óxido y un asador empotrado en una esquina, eran los habitantes muertos del lugar. Subí hasta la mitad de las escaleras y pude contemplar a Bogotá por encima del muro trasero de la casa.

Con el regocijo que produjo el paisaje, me animé y le pregunté a don José:

-¿Cuántos libros tiene, don José?

-Son entre 8.000 y 9.000, creo. De pronto más...

De la basura a la biblioteca

-Don José, cuénteme, ¿Cómo consiguió los libros para crear la biblioteca? – pregunté mientras el cielo despejado permitía que el sol nos calentara.

-Bueno, yo entré a un consorcio del distrito, a una empresa recolectora de aseo. Fui a trabajar como conductor y me encuentro con que los libros los botaban a la basura... entonces empecé a recolectarlos, a reciclar libros, a escondidas porque era prohibido.

José Alberto Gutiérrez se interesó desde niño por los libros, pero su condición económica impidió que explorara el mundo de las letras a temprana edad. No obstante, su madre, haciendo esfuerzos plausibles, lograba conseguirle historietas para leerlas; trabajaba muy duro. Él ha vivido en el sector de La Nueva Gloria desde que tenía ocho años y desde entonces ha visto cómo se transforma su “pueblito” (así lo llama con aire nostálgico). Todos los niños del vecindario tienen que ver con él y su familia.

Por la entrada del taller de modistería entró un joven de cabello dorado y ovillado en varios rulos invisibles. Traía sus manos con dos maltas frías, que telepáticamente habíamos pedido don José y yo. El brillo del sol invitaba a hacer un asado; aparte de esto, mi garganta sufría la sequía del tabaco y necesitaba irrigación con urgencia. Estiré el brazo dejando salir mi ambición y recibí la bebida, la pasé a la otra mano y saludé:

-¿Qué tal?

-Él es mi hijo, se llama Sebastián-dijo don José.

-Mucho gusto, César Pareja

-¡Sebastián!- contestó él, apretando la mano y dejando ver la timidez natural del adolescente cuando es exhibido por su padre.

-Mi mamá les mandó- prosiguió.

Sebastián Gutiérrez no había terminado de hacer el anuncio sobre el oportuno recado de su madre y yo ya dejaba caer el chorro frío de malta dentro de mi boca abierta queriendo aliviar mi sed. Terminé, los presentes asentimos como gesto de aprobación e hicimos silencio. Estábamos pasando por la línea recta del electrocardiograma de la conversación. Pasó un tiempo de mudez prudente y tomé la iniciativa, subí las escaleras, la hospitalidad inmejorable que hasta el momento había recibido le dio rienda suelta a mi curiosidad y caminé tranquilo por la segunda planta. Reconocí los espacios de cada uno, aunque había uno que no era acorde con lo que recordaba: había un uso excesivo del color rosado en las paredes y prendas de vestir femeninas. Entre José Alberto y su hijo expusieron las explicaciones pertinentes: se trataba de la alcoba de María Angélica Gutiérrez, la hija mayor de don José, quien había sido la encargada de las tutorías y consultas para la resolución de tareas. Al igual que su hermano, asistía a los niños de La Nueva Gloria con sus quehaceres académicos. Estuvo ausente en mi visita.

Cada paso que daba hacia la sala, me acercaba hacia el “sen-sei” de don José, y a pesar de que en nuestra primera conversación me manifestó el respeto absoluto por León Tolstoi y

Conny Méndez, dijo que Jorge Duque Linares era su norte. Así que con la capacidad al tope del televisor, asistíamos a una conferencia en dvd. Nos sentamos y charlamos sobre el proyecto: concluíamos que los 8.500 libros habían sido producto del cariño que los Gutiérrez tenían por los libros y la gente, aunque también reconocíamos el trabajo de varias personas se habían unido a la causa aportando textos. En la biblioteca pública “La fuerza de las palabras” los niños de La Nueva Gloria encontraron el cuarto oscuro para revelar las fotografías de su imaginación y un escondite para resguardarse del futuro infértil.

Mientras conversaba con José Alberto Gutiérrez, se abrió de repente la puerta de la fachada frontal. Un niño equiparable a una pierna mía en estatura -mido 1,76- entró y gritó decidido: “*Bon jour*”. Don José abrió los brazos y él se abalanzó. Volvió a la calma pronto después de su alegría explosiva y se fue. Se les había olvidado comentarme, que también algunos niños hablan un poco el francés, porque una francesa que estuvo en Bogotá se enteró de la labor de los Gutiérrez y voluntariamente dictó un taller. Don José terminó la explicación sobre el bilingüismo del niño y continuó:

“El deseo que tenemos nosotros, viendo que esto es una necesidad vital en los sectores más vulnerables de la sociedad, es crear una red de bibliotecas populares en todo Bogotá, esa es nuestra visión”.